En memoria de quien fuera socio fundador de SADAF y uno de sus exponentes más valiosos, Análisis Filosófico publica la siguiente nota a modo de homenaje.

ALBERTO COFFA. UN RECUERDO PERSONAL.

Hace ya muchos años –casi concluía la década del cincuenta–, conocimos a Alberto Coffa. Era ingeniero y había decidido hacerse filósofo. Comenzó a cursar la carrera de filosofía y muy pronto se distinguió por su inteligencia, su contracción al estudio y su capacidad crítica. Se reveló, además como un ser humano excepcional: afectuoso, cordial, generoso. Para muchos de nosotros Alberto fue desde entonces un compañero infaltable, un patrón crítico ineludible, una fuente inagotable de información y un amigo entrañable.

Marchó a los Estados Unidos a terminar sus estudios y se doctoró en la Universidad de Pittsburgh. Luego pasó a enseñar filosofía en la Universidad de Indiana. Allí sentó sus reales como filósofo. También formó una familia admirable.

La maduración filosófica de Alberto Coffa fue pausada y sostenida. Grunbaum, Hempel y Quine, entre otros, supieron de la profundidad de su pensamiento y de la agudeza de su sentido crítico. Sus colegas y sus alumnos apreciaron y se enriquecieron con sus maneras socráticas, su honestidad intelectual y la extensión de su cultura. Sus artículos fueron publicados por los periódicos especializados de mayor jerarquía y siempre merecieron la atención respetuosa del mundo filosófico.

Alberto nunca perdió el contacto con la Argentina ni con los argentinos amigos. Desde los Estados Unidos vivió y sufrió todos y cada uno de nuestros fracasos y de nuestras tragedias. También compartió con nosotros el alborozo del retorno a la civilización de la democracia. Sus infaltables visitas anuales –nunca olvidó a sus dos madres–, crearon una costumbre agradable y necesaria. En sus charlas personales, en sus cursos y conferencias nos dio testimonio de una límpida actividad filosófica, nos ayudó a mantenernos "al día" y nos alentó en momentos de soledad y de depresión. Nunca subió a ningún pedestal de "triunfador". Por el contrario, año tras año su modestia se hizo más notoria, su solidaridad más firme y su preocupación por nosotros más evidente.

No me cabe duda de que llegado el momento de sopesar méritos y virtudes, logros y reconocimientos, Alberto es con mucho el mejor de todos nosotros.

Alberto Coffa falleció el 30 de diciembre de 1984. Confieso que hasta el día de hoy me resulta difícil entenderlo y siento que nunca, quizá, voy a llegar a creerlo.

Eduardo Rabossi